

Orgullo versus Humildad (Cap. 3)

El vicio que nos divide

Es tentador pensar que el orgullo es un problema exclusivo de los ricos, poderosos o exitosos. Cuando imaginas a alguien que lucha con el orgullo, podrías visualizar a un ejecutivo arrogante y desagradable o a una celebridad condescendiente tratando a todos como si estuvieran por debajo de ellos.

Pero, ¿qué hay de la persona promedio que simplemente intenta amar a su familia y vivir su vida? ¿Es el orgullo una trampa tan significativa? Según la Escritura, sí lo es.

Cuando menos lo esperas, el orgullo puede infiltrarse y destruir todo lo que te importa, y lo que es más importante, tu relación con Dios y con los demás. El orgullo es especialmente peligroso porque puede *disfrazarse tan bien* que ni siquiera te das cuenta de que es orgullo. Es tan *engañoso* que incluso podrías estar orgulloso de no ser orgulloso.

¿Qué es el orgullo?

El orgullo es la exaltación del yo por encima de Dios y de los demás. Se le ha llamado «*el gran pecado*» y «*un cáncer espiritual*», y según Proverbios 16:5, Dios lo aborrece: «El Señor aborrece a todos los altivos de corazón.» (Proverbios 16:5)

En su esencia, el orgullo es egocentrismo y autosuperioridad. Cuando las personas son orgullosas, creen que son mejores y saben más que los demás. Esa actitud les impide rendirse a Dios y admitir su necesidad de Él. Esta descripción del orgullo se parece mucho a la de Juan el Revelador sobre la iglesia en los últimos días: «Tú dices: "Soy rico; me he enriquecido y no necesito nada." Pero no te das cuenta de que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo» (Apocalipsis 3:17, BSB).

La prueba de una sola pregunta para medir cuánto orgullo tienes

Por su propia naturaleza, el orgullo te hace *desaprobar* a cualquier otra persona que sea orgullosa. En otras palabras, si te crees superior, odiarás que alguien más actúe con superioridad hacia ti. En su libro *Mero Cristianismo*, C. S. Lewis presenta una pregunta que puedes hacerte para ayudarte a evaluar si podrías ser más orgulloso de lo que crees: *«Si quieres averiguar lo orgulloso que eres, la forma más fácil es preguntarte: '¿Cuánto me disgusta cuando otras personas me desprecian, o se niegan a prestarme atención, o se entrometen, o me tratan con condescendencia, o presumen?' La cuestión es que el orgullo de cada persona compite con el orgullo de todos los demás... Dos del mismo oficio jamás se ponen de acuerdo.»*¹

Cuando alguien te ignora o, peor aún, te desprecia, la parte de ti que se ofende o se molesta es tu orgullo. Sí, esa otra persona puede ser grosera, arrogante o egocéntrica, pero aquí nos centramos en lo que estos encuentros revelan sobre nosotros mismos, no sobre la otra persona. Cuanto más te molestan por esos encuentros desagradables, más orgulloso eres. Los humildes pueden *fácilmente* desestimar esas ofensas, mientras que los orgullosos se *encienden* cuando su orgullo es herido.

Por qué el orgullo nos separa de Dios y de los demás

El orgullo siempre compara y compite, lo cual es destructivo en las relaciones. En su descripción del orgullo, C. S. Lewis lo explica así: *«El orgullo no obtiene placer de tener algo, sino solo de tener más que el próximo hombre. Decimos que la gente está orgullosa de ser rica, o inteligente, o guapa, pero no lo están. Están orgullosos de ser más ricos, o más inteligentes, o más guapos que los demás. Si todos los demás se volvieran igualmente ricos, o inteligentes, o guapos, no habría nada de qué enorgullecerse. Es la comparación lo que te hace sentir orgulloso: el placer de estar por encima de los demás.»*²

Este sentimiento de superioridad es lo que hace imposible que los orgullosos tengan una relación sana con los demás, incluido Dios. Como describe Lewis, simplemente no podemos acercarnos a Dios con un sentimiento de superioridad: «*En Dios te encuentras con algo que es, en todo respecto, inconmensurablemente superior a ti mismo. A menos que conozcas a Dios como eso y, por lo tanto, te conozcas a ti mismo como nada en comparación, no conoces a Dios en absoluto. Mientras seas orgulloso, no puedes conocer a Dios. Un hombre orgulloso siempre mira por encima del hombro a las cosas y a la gente; y, por supuesto, mientras estés mirando hacia abajo, no puedes ver algo que está por encima de ti.*»³

Cuando entiendes el orgullo como un sentido de superioridad, queda claro por qué Dios dice que no podemos estar cerca de Él si somos orgullosos y nos sentimos superiores. Salmo 138:6 describe cómo nuestro orgullo crea una distancia entre nosotros y Dios: «Aunque el Señor es excelsa, atiende al humilde; al altivo lo conoce de lejos.» (Salmo 138:6)

Señales sutiles de orgullo

Es fácil identificar los comportamientos *no disimulados* asociados con el orgullo, como un sentido *exagerado* del yo, el *presumir* de contactos o estatus, el alarde de credenciales, la autopromoción y el menosprecio de los demás. Pero a veces el orgullo se *disfraza* de maneras inesperadas. Considera estas señales sutiles de orgullo:

- Reticencia a servir en tareas «pequeñas» o tras bambalinas
- Dificultad para admitir errores o aceptar retroalimentación
- Necesidad excesiva de reconocimiento
- Actitud defensiva
- Incapacidad para disculparse sinceramente
- Falta de voluntad para pedir ayuda a otros
- Envidia disfrazada de crítica
- Deseo de tener siempre la razón

- Negativa a perdonar a los demás

Cuanto más de cerca observamos el orgullo, más vemos por qué tensa las relaciones y, finalmente, las destruye. Al final, el orgullo destruye todo lo que toca: «El orgullo va delante de la destrucción, y el espíritu altivo delante de la caída.» (Proverbios 16:18)

La forma más engañosa de orgullo: el orgullo espiritual

Justo cuando un cristiano bienintencionado cree que no está en riesgo del pecado del orgullo, se encuentra en riesgo de la peor de sus formas: el orgullo espiritual. Jesús tenía una advertencia para los orgullosos espiritualmente, y la contó como una historia. Lucas compartió esta parábola, y para asegurarse de que los orgullosos espiritualmente supieran que era para ellos, Lucas escribió: «A algunos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los demás, Jesús les contó esta parábola.» (Lucas 18:9) De hecho, Lucas no quería que los orgullosos pasaran por alto que esta historia era especialmente para ellos, para aquellos que «*menospreciaban a los demás.*»

Aquí está el comienzo de la parábola de Jesús sobre el orgullo espiritual: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres —ladrones, malhechores, adúlteros—, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana y doy el diezmo de todo lo que gano."» (versículos 10-12)

Observa las señales de orgullo: la comparación con los demás, el sentido de superioridad, la actitud de *autoelogio* por sus propias buenas obras.

Jesús pasó a describir al segundo hombre de la parábola: «Pero el publicano, de pie y a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, ten misericordia de mí, pecador." Os digo que este bajó a su casa justificado antes que el otro; porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» (versículos 13, 14)

Con esta historia, Jesús dejó claro que si estás orgulloso de cuán espiritual y bueno eres, *no eres* espiritual ni bueno. En contraste, Jesús honró al hombre sencillo que rogó por misericordia y sabía que era un pecador necesitado de Dios.

Las personas religiosas no son inmunes al orgullo; de hecho, corren un alto riesgo. Lucifer ocupaba una posición de liderazgo *destacada* en el cielo, y el orgullo lo llevó a su caída. En Isaías 14:12-15, leemos una descripción de la actitud de Lucifer, y coincide con la definición misma de orgullo:

«¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero,
hijo de la mañana!
Fuiste derribado a tierra,
tú que debilitabas a las naciones.
Tú que decías en tu corazón:
"Subiré al cielo;
junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono,
y en el monte de la asamblea me sentaré,
en las alturas más allá del Zafón.
Subiré por encima de las alturas de las nubes;
me haré semejante al Altísimo."
Pero al Seol eres derribado,
a las profundidades del abismo.» (Isaías 14:12-15)

Todas las características del orgullo están ahí: el sentido de autoimportancia de Lucifer. El sentimiento de que era mejor que todos, incluido Dios. La certeza de que merecía ser *más alto* y *más grande*. Pero tal como advierte la Biblia, el orgullo precede a la caída.

Amistad con Dios en un reino invertido

Afortunadamente, existe un estilo de vida que *desecha* el orgullo, y es un soplo de aire fresco. Jesús promete un reino inesperadamente *invertido*. Bajo Su reinado, todos los más humildes, los últimos y los más pequeños ocupan un lugar de honor.

Dios promete *elevantar* y *coronar* a los humildes, a aquellos que rechazan el orgullo y se niegan a comparar, competir o actuar con superioridad: «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.» (Santiago 4:10) «Porque el Señor se complace en su pueblo; a los humildes adorna con salvación.» (Salmo 149:4)

En la Tierra, a veces parece que los orgullosos reciben todos los *reconocimientos* y la *atención*, pero no te preocupes: en el reino de Dios, las coronas van a los de corazón humilde.

Cómo cultivar un corazón humilde

Para acercarnos más a Dios, debemos abrazar la humildad y rechazar el orgullo. Aquí hay algunas formas de cultivar la humildad a través de hábitos y actitudes diarias:

Mantente enseñable. Nunca sientas que has aprendido lo suficiente o que sabes más que todos los que te rodean. En cambio, recuerda que los humildes son a quienes Dios puede enseñar. Como dice Salmo 25:9: «Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su camino.» (Salmo 25:9)

Según Ellen White, ser enseñable significa estar dispuesto a aprender y *desaprender*: «Tenemos muchas lecciones que aprender, y muchas, muchísimas que desaprender. Solo Dios y el cielo son infalibles. Aquellos que piensan que nunca tendrán que abandonar una opinión apreciada, que nunca tendrán ocasión de cambiar de parecer, se sentirán decepcionados.» Ella explica que para «desaprender», debemos admitir que somos falibles: «No podemos sostener que una postura una vez tomada, una idea una vez defendida, no deba

ser, bajo ninguna circunstancia, abandonada. Solo hay Uno que es infalible: Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida.»⁵

Abraza un espíritu de confesión y arrepentimiento. A los orgullosos les cuesta mucho admitir sus errores y defectos. Los humildes, en cambio, saben que el camino hacia la libertad y la misericordia requiere ser honesto acerca de sus deficiencias: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia.» (Proverbios 28:13)

No te alabes a ti mismo. Cuando tengas la tentación de intentar demostrar lo talentoso, inteligente o capaz que eres, recuerda Proverbios 27:2: «Alábetelo el extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no tus labios.» (Proverbios 27:2) En lugar de alardear de ti mismo en un intento de impresionar a la gente y obtener reconocimiento, deja que Dios te guíe y dirija. Él promete que los humildes y capaces obtendrán oportunidades dirigidas por Dios. Como dice Proverbios 22:29: «¿Has visto un hombre diligente en su trabajo? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja condición.» (Proverbios 22:29, NKJV) Dios conoce tus capacidades. Él puede llevarte a donde necesitas estar si te mantienes humilde.

Sirve a los demás. Si quieres evitar el orgullo y abrazar el espíritu de Jesucristo, busca maneras de servir a los demás. Jesús dijo a Sus seguidores: «El que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.» (Mateo 20:26-28) El orgullo dice que otras personas deben servirte; la humildad dice que tú debes servir a otras personas. Ya sea preparando una comida para alguien, enseñando a un niño o haciendo recados para un vecino, el servicio *humilde* nos acerca al Dios que vino a la tierra como Siervo.

Busca rendir cuentas. Cuando interactuamos con otros, nuestro verdadero carácter es desafiado y expuesto. Aprendemos y crecemos cuando estamos en comunidad con otros. Proverbios 27:17 dice: «Hierro con hierro se aguza, y así el hombre aguza el rostro de su amigo.» (Proverbios 27:17) Busca a alguien en quien

confíes y respetes, y establece momentos para hablar sobre vuestras vidas. Acepta su consejo y guía. Cada vez que escuchas a los demás sin estar a la defensiva o ser despectivo, practicas la humildad.

Dedica tiempo a la oración y la Escritura. Si quieres ser como Cristo, pasa tiempo con Él. Abre tu Biblia y lee cómo Jesús interactuaba con los demás. Si alguien tenía derecho a actuar como si estuviera por encima de los demás, ese era Cristo. Sin embargo, Él nunca lo hizo. Hizo lo contrario: se humilló a sí mismo. A medida que pasamos tiempo en oración y Escritura, nos acercamos más a este Dios que es manso y majestuoso a la vez.

Descansa en la gracia de Dios. Pablo dice que si te sientes tentado a alardear de tu bondad o logros, es momento de pensar en la gracia de Dios: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.» (Efesios 2:8, 9) No importa cuánto bien hayas hecho, «todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia.» (Isaías 64:6) ¡Qué alivio descansar en la gracia de Dios, sabiendo que no tenemos que alardear, presumir, esforzarnos o probarnos a nosotros mismos ante Dios o los demás! Podemos acercarnos a Dios con honestidad y humildad, y Él nos abrazará.

1. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: HarperCollins, 1952), 122.
2. Lewis, 122.
3. Lewis, 124.
4. Ellen G. White, "Search the Scriptures," *Advent Review and Sabbath Herald*, July 26, 1892.
5. Ellen G. White, *Testimonies to Ministers and Gospel Workers* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1923), 105.